

ttt



UDA

Mi Universidad

ensayo

Nombre del Alumno: Gómez Alegría María Esther

Nombre del tema:

Parcial: PARCILA

Nombre de la Materia:

Nombre del profesor:

Nombre de la Licenciatura: general

Cuatrimestre: sexto

Identidad y género, maternidad/paternidad y masculinidad

La maternidad, la paternidad y el género constituyen construcciones simbólicas relativizadas por lo histórico y lo sociocultural que poseen dimensiones subjetivas abordables por la psicología. Por otra parte, y aún más en el caso de la maternidad, estas construcciones están impregnadas de un marcaje inicial del orden biológico que orienta el proceso constructivo estableciendo identidades y diferencias entre estos conceptos entendidos como estructuras y funciones. Coincidiendo con Tuber (1996) para el presente trabajo se insistirá más en el análisis del proceso constructivo de las representaciones de la madre y del padre que de las distorsiones y encubrimientos que las mismas han hecho de la realidad. Para tal tarea me apoyaré en algunas conceptualizaciones del psicoanálisis que pueden aportar algunas claves para el esclarecimiento de la articulación entre lo subjetivo y lo sociocultural. A lo largo de la historia del ser humano la maternidad ha sido idealizada y por muchos siglos estuvo asociada a lo divino, a lo sagrado. De allí que las Diosas hayan copado por más tiempo el escenario social que los Dioses masculinos (Rodríguez, 2000). Con el advenimiento del patriarcalismo la mujer fue relegada a un plano inferior y atacada allí donde era poderosa, temida, en su poder de procrear. Los Dioses masculinos tienen que demostrar ser más poderosos que las grandes Diosas Madres. Golman Amirav (1996) ejemplifica muy bien esto último al interpretar el pasaje Bíblico sobre Sarah, mujer de Abraham, referido a su infertilidad cuando joven y a su fertilidad en la vejez, como la evidencia del poder de Jahveh sobre la maternidad, minimizando así el poder femenino. En la cultura griega caracterizada por una hipervalorización de la figura del padre y una fuerte descalificación de la mujer, el Dios supremo, Zeus, es capaz de procrear quitándole de esta manera el privilegio a la mujer de hacerlo (Iriarte, 1996). Aristóteles consideraba que era el hombre quien fecundaba, relegando a la mujer a un papel de simple receptáculo (Loroux, 1996). Quisiera ahora referirme a la paternidad. Tradicionalmente se ha ubicado al padre como figura de autoridad, de respeto, el que impone la ley, el que sabe o supuestamente sabe, el que protege, el que provee, el que brinda seguridad por su mayor fortaleza (Aray, 1992). El componente afectivo de la función paterna, aunque siempre ha existido, ha sido asumido y construido más recientemente. Oiberman (1998) agrega una función que pocas veces se explicita como es la de servir de modelo a los hijos para el “paternaje”. Freud (en Aberastury y Salas, 1978) a lo largo de su obra considera cuatro papeles fundamentales del padre: como modelo identificador, como objeto afectivo, como auxiliar de la madre y como rival. Para Lacan (1972, en Aberastury y Salas, 1978) la función paterna representa una función reguladora del deseo y el goce, que censura el incesto y la fusión madre-hijo(a). Es según éste autor, una función de corte, es decir una función interdictora del eje diádico, imaginario, narcisista madre-hijo(a) inscrita dentro de la ley del padre. Según esta concepción el padre se coloca más dentro del registro simbólico y su papel se relaciona con un distanciamiento de lo biológico, de lo instintual. Sintetizando podemos decir que la función paterna es una función sociocultural que va más allá de lo psicoafectivo, de carácter real y simbólica, polisémica, no restringida al género masculino ni a la función genitora (Narotzky, 1997; Arvelo, 2002). Corresponde ahora relacionar los conceptos de maternidad, paternidad con los de los géneros femenino y masculino. Históricamente la función materna, como constructo sociocultural, ha constituido parte del núcleo identitario de la femineidad. No ha sido fácil deslindar lo femenino de lo materno. Esto no ha ocurrido en el caso del hombre, quien se le ha definido principalmente por otros atributos y no

por el de ser padre. Ahora bien ¿cómo se han construido estas identidades genéricas? Si lo femenino y lo masculino no constituyen esencias inmutables sino construcciones socio-históricas: ¿qué le ha dado cierta estabilidad en el tiempo? ¿por qué es casi inevitable para definir un género recurrir al otro como referente en el otorgamiento de su significación específica?. El psicoanálisis al ocuparse de lo inconsciente, de lo pulsional, del cuerpo de lo imaginario, de lo simbólico, puede ofrecer algunas respuestas a las anteriores 95 interrogantes por sus posibilidades de articular la subjetividad humana, como construcción individual, con las construcciones y representaciones sociales. El sujeto humano se constituye en la alteridad, en la relación con el otro a partir de introyecciones, proyecciones, identificaciones que suponen un proceso de estructuración mediado por lo pulsional, el deseo, el lenguaje, concretados en el tacto, la mirada, la palabra. Todo proceso de subjetivización supone tanto la diferenciación como la integración (Balimberti, 1992, en Vegetti Finzi, 1996). En el caso de lo genérico, lo femenino y lo masculino, el recorrido estructurante posee elementos comunes pero también elementos diferenciados. Según el psicoanálisis la construcción del sujeto femenino pasa por un proceso de indiferenciación menos intenso y más prolongado que el del varón, con respecto a la madre. Esto es así por ser la madre, del mismo sexo y género que la niña. Por otra parte el primer objeto de amor de la niña es su madre es decir un objeto homosexual. Para sintonizarse con los ideales culturales predominantes y por la presencia del padre, la niña debe hacer un cambio en la elección de un objeto homosexual por un objeto heterosexual encarnado en el padre. Sin embargo, la niña no abandona totalmente al objeto materno y mantiene ese amor por más tiempo, lo cual se evidencia en un proceso edípico más prolongado que en el varón, que se va a resolver tardíamente con la pubertad. Según Percovich (1996) este proceso más largo y tardío en la resolución del Complejo de Edipo en las niñas, le permite a éstas el desarrollo de un mundo interior muy rico, conectado con el mundo exterior. La niña no abandona de manera absoluta la relación preedípica con la madre ni la edípica con el padre. La identidad genérica entre madre e hija facilita que la primera proyecte más fácilmente aspectos de sí misma con su hija y se identifique con ella de manera más narcisística. Según Chodorow (en Sandoval, 2001) existe una asimetría en la parentalidad donde la madre juega un papel privilegiado con respecto al padre. Esta asimetría determina una relación más estrecha, fusionada entre madre e hijo donde la primera percibe a la segunda como una prolongación, como su doble.